

Juan o algunos pensamientos sobre una tradición perdida

♦ Nancy Morejón

Un ramo verde en las sienas
y se llamaba Juan.
Traía en su boca todas las palabras del mundo,
los cantos más antiguos
encerrados en una botella verde
tirada a un mar atravesado por lunas y estrellas.
Juan de todos,
Juan con todos,
Juan sin nada,
sentado en la esquina de los artistas
regando bendiciones
para todos los necesitados del lomerío
y el aroma de los arroyuelos.
Juan, sin zapatos, regalando botas
y la aventura de las mil leguas sobre las islas.
y dando de comer al hambriento,
dando de beber al sediento.

Juan, amigo en su danza silenciosa
en su sonrisa de mujer perfumada.
Juan, en el umbral de la riqueza humana
y en el umbral de la pobreza
que lo envolvía como a un recién nacido.

Toda su cabeza guardaba su cuerpo de bailarín.
Y bailó, bailó, en el frenesí de los panes y los peces
que buscó siempre con sus propias manos.



Juan, sin aliento,
repartiendo amor por todas partes.
Vivió sin conocer la letra impresa,
sin haber leído las sagradas escrituras
en los libros suntuosos
pero era un sabio ante cualquier proverbio,
ante cualquier circunstancia amarga
y ante las hierbas de los placeres de la ciudad.

Era de los repartos y no conoció padre natural
sino a Miguel,
en los patios de humo y arroz.
Tuvo por madre a la tierra y a Silvia:

“Juanito, no te vayas lejos. Llévate mis velos
y mis perfumes y mi campana fiel. Yo te acompaño”.

Oh, Juan de los adioses,
de las ceremonias escondidas,
de las lanzas en mano para amparar las cabezas ajenas.
Juan, como hijo de todos los árboles,
acampa tu andar a la sombra de estos algarrobos.
No te vayas tan pronto.
No llegues tarde, Juan, que te estoy esperando.

Manglar, 13 de julio de 2008

Premio Nacional de Literatura 2001, La Habana, Cuba